

EL VALLE DE LAS SOMBRAS

JERÓNIMO TRISTANTE

**EL VALLE DE LAS
SOMBRAS**

algaida



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2022

© Jerónimo Tristante, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-668-5

Depósito legal: SE. 1.357-2022

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE DICIEMBRE DE 1937

CAPÍTULO 1. Perros con la revolución	13
--	----

SEGUNDA PARTE OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1943

CAPÍTULO 2. Cuelgamuros.	25
CAPÍTULO 3. El asesino del puerto	32
CAPÍTULO 4. El nuevo	40
CAPÍTULO 5. Un diario	48
CAPÍTULO 6. El general	54
CAPÍTULO 7. Una falla en el sistema perfecto.	65
CAPÍTULO 8. El Loco.	79
CAPÍTULO 9. La checa de Fomento.	90
CAPÍTULO 10. Gente	104
CAPÍTULO 11. Tabaco	118
CAPÍTULO 12. Toté.	128

CAPÍTULO 13. Cartero	136
CAPÍTULO 14. El incidente	148
CAPÍTULO 15. Un asesinato	160
CAPÍTULO 16. Humphrey Bogart	173
CAPÍTULO 17. Un avispero	185
CAPÍTULO 18. Ridículo	198
CAPÍTULO 19. Casablanca	207
CAPÍTULO 20. Higinio	217

TERCERA PARTE
DICIEMBRE DE 1943

CAPÍTULO 21. El hospital.	225
CAPÍTULO 22. El camarada Perales.	234
CAPÍTULO 23. La lluvia en Albaterra	246
CAPÍTULO 24. El hombre de Mauthausen	256
CAPÍTULO 25. La morfina	269
CAPÍTULO 26. Raúl.	281
CAPÍTULO 27. Diferencias	293
CAPÍTULO 28. Cosas raras	304
CAPÍTULO 29. Trampas	315
CAPÍTULO 30. Espías	321
CAPÍTULO 31. El asesino	330
CAPÍTULO 32. Unos alicates.	337
CAPÍTULO 33. La exitosa Operación Brutus.	343

*A Sergio Vera, el único héroe
que conozco.*

Y a los presos, a todos.

PRIMERA PARTE
DICIEMBRE DE 1937

CAPÍTULO 1

PERROS CON LA REVOLUCIÓN

— **N**O PUEDO CREER QUE ESTEMOS HACIENDO ESTO —dijo el comandante Cuaresma mientras observaba el avance de sus hombres con sus viejos prismáticos.

Apenas intuía unas figuras que avanzaban por la planicie cubierta de nieve a su derecha. Su propio vaho le impedía ver con claridad. Hacía un frío de mil demonios. A la izquierda, más lentamente, avanzaban otros trescientos hombres para sorprender al enemigo cuando se produjera la explosión. Pero ¡qué tontería! ¿Qué explosión? No iba a producirse ninguna explosión. Aquello no era sino una locura.

—Ponme con Juan Hernández, joder —se escuchó decir otra vez.

—Lo intento —repuso el operario haciendo girar la manivela del teléfono—. Pero las líneas siguen caídas.

Gerardo Cuaresma Lorente tuvo que aceptar que no había forma de parar aquello. Iban camino de la debacle y él no había podido hacer nada. Estaba al mando de aquella unidad y suya, únicamente suya, era la responsabilidad de lo que iba a

ocurrir allí aquella noche. Necesitaba hablar cuanto antes con Juan Hernández Saravia, jefe del Cuerpo de Ejército de Levante, y no podía hacerlo. Se sintió, una vez más, impotente. Apenas unas horas antes aquello le hubiera parecido un mal sueño, una especie de pesadilla surrealista; pero la realidad demostraba que, por desgracia, el asunto se le había ido de las manos para convertirse en algo tan real como inevitable. Estaban, como quien dice, a un paso de Teruel. Tras la toma de El Campillo se les había asignado el asalto de una pequeña zona alomada cercana a La Muela, situada al otro extremo del barranco que llamaban de Barrachina. La caída de Teruel era inminente y se hacía evidente que los sitiados no podrían mantener por mucho tiempo sus posiciones. Pero Cuaresma, avezado militar, temía que los nacionales estuvieran logrando aguantar lo suficiente como para asegurar que el contraataque de Franco fuera, como siempre, fulminante. Había conocido bien al maldito petimetre en la Academia General Militar y luego había tenido la desgracia de coincidir con él en África. Aquel enano de voz repelente nunca había sido santo de su devoción. Lo conocía a la perfección y sabía que, hasta aquel momento, su comportamiento en todos los enfrentamientos —quitando el avance de las columnas desde el sur y el transporte de tropas por vía aérea en los que sí estuvo brillante— se había ceñido al mismo guión: ataque brutal y sorpresivo por parte republicana, recomposición fascista y contraataque con victoria final para Franco. El comandante en jefe de los rebeldes no era un tipo brillante, sólo paciente. Lo que más le dolía era que aquella panda de ineptos que dirigía el Ejército de la República no aprendía, y aquello llevaba camino de convertirse en una segura derrota. La implantación de la más absoluta de las disciplinas se hacía imprescindible o iban al desastre. A veces tenía la sensación de que sólo él lo notaba. No se arre-

pentía de haber tomado partido por la República, en absoluto. Y estaba dispuesto a dar su vida por luchar contra el fascismo, pero tenía que reconocer que tanta tontería, tanta gaita, acababan por minarle a uno la moral. Cuando todo comenzó, en Barcelona, él era el más ilusionado. Aunque, poco a poco, la inexorable realidad le había ido colocando ante el inevitable y crudo destino. Quizá influía el cariz que habían tomado las cosas, claro. Igual, de ir ganando la guerra, lo vería todo de otro color, pero las cosas eran como eran y punto. Sabía que a veces se ponía demasiado sentimental. Una mala cualidad en un militar. Desde el primer momento se había sentido incómodo comandando una unidad formada en su mayor parte por tropas de origen anarquista. Había aguantado a duras penas, apoyándose en los pocos comunistas —los únicos con cabeza— que tenía a mano, y sólo porque su amigo Juan Hernández Saravia le había pedido el favor. Las insubordinaciones, la indisciplina, la presencia de mujeres en las trincheras... todo lo había soportado con el mayor de los estoicismos, pero aquello que estaba a punto de ocurrir, que estaba ocurriendo, era la gota que colmaba el vaso.

—Ponme con Juan Hernández —se escuchó decir de nuevo.

—Señor...

—¡Ponme, hostias!

—... no hay línea, señor...

El comandante reparó en que aquel crío no tenía culpa alguna de aquello y volvió a mirar por los prismáticos. Es difícil aceptar que alguien va a encontrarse de frente con un tren en marcha, avisarle para que salve la vida y sentir que te ignora, que va a una muerte segura. Cuaresma, mientras veía cómo sus hombres avanzaban penosamente sobre la nieve, recordó la cadena de sucesos que le habían llevado a aquella situación.

Todo por aquel búnker. El objetivo, al que el Estado Mayor había dado el nombre en clave de «cota 344», aparecía al fondo, silueteado sobre la nieve y con la luna al fondo. Una pequeña zona alomada en la que los fascistas habían creado una suerte de inmensa fortificación que cerraba el paso al avance republicano. Las órdenes del Estado Mayor eran rotundas: tenían que tomar la cota antes de que transcurrieran veinticuatro horas. Los ánimos de la tropa estaban caldeados. Demasiado quizá. Por la brutalidad de aquellos malditos fascistas. La avanzadilla que había enviado por delante, unos ocho hombres, había sido sorprendida por un batallón integrado por moros. Cuaresma sabía cuánto les temían sus hombres, pues se comportaban como bestias, auténticos salvajes que actuaban de forma ruda, brutal e inhumana. Peor incluso que aquellos fanáticos requetés que tanto impresionaban por su conocido fanatismo.

Cuando encontraron a los miembros de la avanzadilla se les cayó el alma a los pies. Se habían ensañado de veras con ellos: habían quemado vivos a dos hombres, pero lo peor fue lo que habían hecho con un crío de catorce años de Vinaroz, pelirrojo, una criatura. «El Panocha», le llamaba la tropa.

Lo habían violado brutalmente. Eran muchos. Luego, tras destriparlo, aún vivo, lo habían arrastrado durante cientos de metros. El sargento Juárez, que había caído herido tras los primeros disparos, logró ocultarse tras una inmensa coscoja para verlo todo. Quedó como ido después de aquello.

De inmediato, el comandante Cuaresma había convocado una reunión con su gente de confianza, un capitán y tres tenientes, pero cuando se vino a dar cuenta, los sargentos habían avisado a la tropa que, en masa, quería participar en la toma de decisiones. Destacaba por su virulencia un sargento, un tal Tomás Benavides, que comandaba a los anarquistas ve-

nidos de Valencia y que eran mayoría en aquella unidad. Cuando el comandante expuso que en aquella ocasión el asunto era grave y que las decisiones técnicas debían ser tomadas por los militares, aquel tipejo le amenazó descaradamente recordándole que su antecesor había muerto de un disparo por la espalda durante una refriega con los fascistas.

El comandante Cuaresma comprobó con tristeza que sus oficiales chaqueteaban. Todos excepto uno. Un teniente llamado Juan Antonio Tornell y un sargento muy amigo suyo, Berruezo, le apoyaron manteniéndose firmes. Y por si fuera poco, cuando la cosa comenzaba a ponerse fea, apareció por allí un teniente coronel, un anarquista de nombre Oliveira que antes de la guerra era cerrajero y que, acompañado por un coronel, Satrústegui, insistieron en que en el Ejército Popular las decisiones se tomaban de manera asamblearia. Eran oficiales del Estado Mayor de Juan Hernández. Un par de desocupados que estaban de excursión por el verdadero frente de combate. No quedó más remedio que reunir a la tropa. El comandante describió su plan explicando cómo iban a asaltar el búnker. La idea era lanzar un ataque de distracción por el flanco derecho que permitiera al grueso de las fuerzas acercarse lo suficiente por el noroeste. Armados con las dos piezas que tenían dispuestas a cota cero podrían atacar aquella mole de hormigón con ciertas garantías. De inmediato, los soldados se negaron alegando que ellos «no eran carne de cañón». Ni que decir tiene que el plan de Cuaresma fue rechazado por mayoría. Entonces los oficiales y el propio comandante tuvieron que asistir a la exposición de los planes más peregrinos, algunos incluso suicidas, que planteaban ahora un cabo, ahora un simple soldado y que fueron desechados uno tras otro. En aquel momento, un chaval de Cádiz al que apodaban «el Guarro», trapero de profesión, planteó una idea que encandiló a la

asamblea. ¡Atar paquetes de dinamita a varios perros y lanzarlos contra el búnker!

Cuaresma se carcajeó pensando que era una broma, pero al momento, comprobó con asombro que no. No sólo la idea iba en serio, sino que era acogida por aquellos descerebrados con evidentes muestras de entusiasmo. ¿Cómo se iba a ganar así una guerra? Protestó enérgicamente y, una vez más, el teniente Tornell le apoyó. Sabía hacer valer su autoridad ante sus subordinados. El sargento Benavides, el anarquista, jaleó a la tropa y se votó de inmediato. El plan fue aprobado por mayoría. Un delirio. Cuaresma había intentado negarse, oponerse a aquella locura y Tornell se les había enfrentado abiertamente pero no había manera. Al comandante incluso se le había pasado por la cabeza fusilar a tres o cuatro, pero estaban demasiado levantiscos, no contaba con más allá de una docena de hombres para imponer el orden y los dos altos mandos recién llegados no habían hecho sino reforzar las posiciones de la tropa. Cuaresma había tenido que soportar alusiones a su falta de valor —¡con lo que él había hecho en África!— e incluso que se le acusara de ser un agente de los fascistas. Tornell, muy valiente, había tenido que sacar la pistola y las cosas habían llegado a ponerse calientes ante aquellas acusaciones de cobardía. Entonces, con más coraje que ninguno de ellos, aquel joven oficial dijo que él iba con la avanzadilla pero que el sargento Benavides les acompañaba quisiera o no.

—¡Por cojones! —había dicho sin dejar lugar a la duda.

Porque lo decía él, sin más. El otro no se había atrevido a negarse. Podían haberle tildado de cobarde.

A Cuaresma le constaba que dicho oficial, Juan Antonio Tornell, uno de los pocos apoyos con que contaba en aquella locura, había sido tanteado por comunistas y socialistas para que ingresara en sus partidos. Se comentaba que había sido

policía de brillantísima hoja de servicios y que era un gran especialista en explosivos.

Con la caída de la tarde se puso en marcha el plan de aquellos descerebrados. Una avanzadilla de ciento cincuenta hombres, comandada por Tornell, se adelantó por el flanco derecho, cuyo relieve era más suave, con cinco perros a los que se ató la dinamita junto con un temporizador. La idea era disparar al aire para que corrieran hasta las líneas enemigas haciéndolas volar por los aires. Al anochecer, Cuaresma se dispuso a observar desde un promontorio con sus prismáticos mientras enviaba a un mensajero con detalles sobre el asunto para Juan Hernández que no sabía si llegaría a destino. Y en esas estaba, mirando cómo avanzaban sus hombres, cuando volvió a la realidad desde sus propios pensamientos. La nieve brillaba aún y la temperatura había bajado por debajo de menos diez grados. Entonces escuchó disparos al aire.

—Ahí van —dijo su ayudante haciéndole ver que la operación estaba en marcha.

Cuaresma vio las figuras de los perros correr hacia el búnker en mitad de la noche. Al mismo tiempo, más de trescientos hombres comenzaron a correr semiocultos por una vaguada situada en el flanco izquierdo para hacer una envolvente. Fue en aquel momento cuando una sombra, que más tarde se supo era una perra, salió de no sabía dónde como una exhalación. Algunos contaron luego que de las propias líneas nacionales. Corría como una loca hacia las filas republicanas, aunque nadie supo por qué. Lo peor del asunto fue que debía de estar en celo porque, al instante, los cinco perros se giraron y comenzaron a perseguirla. ¡Corrían hacia el lugar donde se hallaban Tornell y sus hombres!

—¡Rediós! ¿Qué es eso? —exclamó Cuaresma preguntando a sus subordinados.

—Van hacia los nuestros. ¡La dinamita! —acertó a musitar el operario del teléfono que seguía sin poder contactar con el Estado Mayor.

Los fascistas, alarmados por el ruido de los primeros disparos, comenzaron a hacer fuego y Cuaresma comprobó horrorizado que su gente había quedado atrapada en tierra de nadie. Entonces, en mitad del campo, sobre la gélida nieve, uno de los perros hizo explosión al pasar junto a los hombres que comandaba Tornell. Los demás animales debieron de explotar por simpatía al hallarse cerca, porque Cuaresma creyó ver al menos tres deflagraciones más. Una, dos, tres.

—¡Ay, la Virgen! —exclamó alguien mientras el comandante cerraba los ojos sin poder creer lo que veía.

La perra, intacta, continuó corriendo a toda velocidad y llegó hasta las líneas republicanas perseguida por el último de los perros-bomba. Todos comenzaron a disparar a los dos canes pese a que el comandante, presa de la desesperación, intentó gritarles que no, que no lo hicieran, que iban a volar todos por los aires. Demasiado tarde.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego, idiotas! —acertó a gritar el teniente Marín.

Algún imbécil hizo blanco y el perro voló justo al pasar junto al camión de la munición. La explosión fue inmensa e iluminó el campo como si fueran las tres de la tarde. El ruido fue ensordecedor. Parecía que se hubiera detenido el tiempo, como si todo transcurriera a cámara lenta.

Aprovechando aquella cegadora luz provocada por la deflagración y el subsiguiente incendio, varias ametralladoras fascistas barrieron a los trescientos del flanco izquierdo a placer pues habían quedado al descubierto cuando reculaban hacia las líneas republicanas.

El enemigo se permitió entonces lanzar incluso algunas bengalas para alumbrarse mejor. Mientras tanto, la confusión en la retaguardia era colosal: hombres muertos, amputados aquí y allá, lloros, gritos y órdenes a medias mientras que, en el campo, quedaban los cadáveres de tantos y tantos salpicándolo todo de sangre. En el área de la avanzadilla de la izquierda, los hombres de Tornell aparecían horriblemente despedazados. Cuaresma salió de la trinchera, sin reparar en su propia seguridad, al descubierto. Por un rato quedó en cuclillas, mirando hacia donde se hallaban los suyos, con las manos en la cabeza. Sus subordinados no se atrevían ni a dirigirle la palabra. La noche iba a ser larga, así que dispuso que los sanitarios atendieran a los heridos del campamento. Al fondo se escuchaban los alaridos de los moribundos en mitad del terreno. La temperatura llegó a alcanzar los veinte grados bajo cero y no se podía auxiliar a los heridos abandonados a su suerte en tierra de nadie, porque los fascistas comenzaron a hacer fuego barriendo la zona para impedir que llegaran las asistencias. Con las primeras luces del alba aquella tragedia cobró su verdadera dimensión. Un desastre. Cuando la cosa se hubo calmado, el ayudante de Cuaresma llevó a este el recuento de bajas. Estremecedor: trescientas veinticinco. Trescientas veinticinco bajas por seguir el plan de ¡un traperero de Cádiz! El comandante mandó que se lo trajeran para fusilarlo allí mismo, pero, tras buscarlo por todas partes, a eso de las doce de la mañana, le dijeron que el muy ladino ¡se había pasado a los fascistas! Cuaresma echó un vistazo con sus prismáticos y pudo ver cómo cogían vivo a Tornell, el único oficial serio de que disponía. Pudo ver, entre lágrimas de rabia y desesperación, cómo se lo llevaban entre empellones pese a que cojeaba ostensiblemente y que llevaba la pierna derecha empapada en sangre. Pensó que ojalá hubiera muerto. No le deseaba lo que

tenía por delante. A buen seguro iba a ser brutalmente torturado por aquellos bestias para averiguar los planes de batalla de los republicanos. Un buen hombre. Una pena.

Fue entonces cuando decidió ir a ver personalmente a Juan Hernández Saravia. Estaba decidido. Si no depuraba al teniente coronel Oliveira y al coronel Satrústegui, aquellos dos desalmados de su Estado Mayor que habían vuelto a la comodidad de sus despachos tras provocar aquella debacle, se pegaría un tiro. No podía pasarse al enemigo, al que despreciaba, y no podía desertar, un militar de raza nunca lo haría; así que, si no le tomaban en serio y no se castigaban aquellos hechos con severidad, se quitaría de en medio.

SEGUNDA PARTE
OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1943

CAPÍTULO 2

CUELGAMUROS

JUAN LICERÁN SIEMPRE FUE CARNE DE OBRA. ESTABA ESCRITO así desde el día de su nacimiento pues su familia era pobre y todos tenían que echar una mano para poder salir adelante. Hijo y nieto de albañiles, no podía sino dedicarse a la paleta y el andamio. Se estrenó nada menos que a los nueve años, ayudando a su padre en lo que podía, y no sabía de otra cosa que trabajar como un animal de sol a sol aprendiendo el oficio que había de proporcionarle sustento para toda la vida. Es por esto que, cuando estalló la guerra, era ya hombre de confianza en la empresa donde trabajaba y tenía asignados a su cargo a un buen puñado de empleados. Como nunca fue amigo de politiqueos pero, por edad, le correspondía acudir a filas, desempeñó labores de logística en el Ejército de la República, trabajando en tareas de fortificación hasta que cayó Madrid. Lo suyo no fueron los tiros sino salvar vidas, protegiendo a aquellos valerosos hombres que luchaban contra el fascismo con sus trincheras, casamatas y refugios. Al acabar aquella locura fue hecho prisionero pero no tuvo ni que pedir un aval pues, de inmediato, acudió a buscarle uno de sus

antiguos jefes, don José Banús, que le reclamaba para trabajar en su empresa ya que había logrado importantes contratos con el Nuevo Régimen. Como Licerán nunca se había metido en líos y Banús y su hermano tenían mucha mano, fue sencillo sacar al capataz del campo de concentración en el que apenas llegó a estar dos días. Él se sabía hombre afortunado, pues otros no habían corrido la misma suerte. En aquel momento se incorporó sin hacer muchas preguntas a la empresa de los hermanos Banús y trabajó aquí y allá, ya que había mucho que hacer para reconstruir un país destruido por la guerra. Con seguir vivo era bastante, tenía trabajo, vivía con su familia y no tenía problemas con las nuevas autoridades, así que optó por trabajar y no buscarse problemas. José y Juan Banús eran empresarios de éxito y tenían buenas relaciones con el Movimiento, de manera que las obras no faltaban. De hecho, se les reclamó para colaborar en la construcción del monumento más emblemático del franquismo: el Valle de los Caídos. Allí había mucho dinero que ganar y ellos, buenos empresarios, se subieron al carro. Cómo no. Licerán, al igual que todos los vencidos, no quería entrar en consideraciones sobre si aquello le parecía bien o mal, aunque tenía su opinión al respecto. En aquellos días tan sólo se preocupaba de trabajar y salir adelante, que ya era bastante. Nada más. No quería problemas y bien sabía cómo las gastaban los vencedores. Su paso por el Ejército de la República sólo podía acarrearle problemas; bien era cierto que él no había hecho nada malo, pero de gente así estaban llenas las cunetas de España mientras que, a veces, los que de verdad se habían llenado las manos de sangre, ensañándose y haciendo verdadero daño a la causa de la libertad habían escapado al extranjero cuando las cosas se pusieron feas. Licerán había asistido como testigo a aquella maldita guerra y tras ver el comportamiento de los vencedores al acabar el con-

flicto supo que las autoridades franquistas no habían sabido ni querido entender que, en general, aquellos que se habían comportado como criminales —los hubo en ambos bandos— se encargaron de poner pies en polvorosa, mientras que los pobres desgraciados que habían luchado por corresponderle por su quinta o que sólo habían participado como carne de cañón se quedaron en España pensando que nada tenían que temer.

No fue así, pues la guerra se convirtió en la excusa perfecta para que se dieran múltiples ajustes de cuentas que a veces no tenían nada que ver con la política sino con viejas rencillas en pueblos, ciudades, venganzas personales y conflictos entre familias. Era por aquel motivo que Licerán obviaba en lo posible aquel asunto y se dedicaba a lo suyo, trabajar y hacer ganar dinero a sus patronos que ya era bastante en aquellos duros e inciertos días. Fue enviado a Cuelgamuros casi de inmediato, pues se supo que el Caudillo tenía previsto construir un mausoleo que fuera un monumento a los caídos. Según se decía, a los caídos de ambos bandos. Aunque aquello, la verdad, no se lo creía nadie. El dictador lo tenía pensado desde antes de acabar la guerra, así que en cuanto llegó al poder se dedicó a recorrer la zona norte de Madrid, la sierra, acompañado por el general Moscardó, el del Alcázar. Unas veces en avión, otras a caballo o en coche, el caso es que Franco halló el lugar que buscaba: Cuelgamuros. Un paraje hermoso a un paso de El Escorial, cerca de la capital y de una belleza natural arrebatadora.

Aquello era para él una especie de obsesión, así que de inmediato se iniciaron las obras. Licerán ya estaba allí con sus patronos el día en que el sátrapa hizo estallar el primer barreno. Fue el primero de abril del año 40 y se dijo que en un año el monumento estaría terminado. Ilusos. Tres empresas se encargaban de las obras: San Román, que debía abrir una cripta

en la roca viva a base de explosiones, ya que aquel granito era de una dureza incomparable; Molán, que debía levantar un monasterio anexo a la cripta; y la constructora de los hermanos José y Juan Banús, que debía encargarse de construir una carretera que permitiera llegar al complejo a la mayor cantidad de visitantes posible. Licerán, aun trabajando para los Banús, era requerido igual en la cripta que en el monasterio o en la carretera, por ser veterano, y le preguntaban su parecer sobre muchos aspectos técnicos relacionados con la construcción. Aquello le permitía moverse arriba y abajo, y saber quizá mejor que nadie lo que pasaba allí. Al poco pareció evidente que las obras no avanzaban al ritmo que se deseaba. Había pasado un año y de inauguración, nada. Apenas se había progresado un poco en excavar algunos metros de cripta en la roca. El Régimen comenzó a impacientarse y poco a poco se fue dando más y más prioridad al proyecto. A Juan Licerán, en el fondo, le parecía inmoral que se dedicaran tantos recursos a algo como aquello cuando en España había hambre y un déficit de infraestructuras tremendo, pero aquel monumento tenía un gran valor simbólico para Franco y su palabra era ley. Aproximadamente en la primavera del 43 se decidió que había que apoyar aquello con mano de obra reclusa. Los Banús —como otros muchos empresarios— se aprovecharon sin dudarlo de aquella situación, pues las cárceles estaban llenas de presos locos por salir y ganarse la vida como fuera y ellos necesitaban obreros de manera urgente. Los batallones de trabajadores no eran lo que se decía un paraíso pero las cárceles eran horrendas, mucho peor, estaban atestadas y los presos caían como moscas a causa de la desnutrición y las enfermedades. Salir a trabajar al exterior permitía reducir la condena y, al menos, aseguraba alejarse de las prisiones y los campos de concentración, así que eran muchos los penados

que solicitaban ir a trabajar pese a que se les explotara descaradamente.

Corría el mes de septiembre cuando Juan Licerán, al que los obreros libres y penados comenzaban a llamar con respeto «señor Licerán», acompañó al señor Banús a la cárcel de Ocaña a por una remesa de presos que trabajara en la obra. Licerán contaba con un maestro cantero, Colás, de Murcia, que era un portento. Había luchado con la República pero fue avalado por un guardia civil al que su familia había ayudado cuando quedó, siendo un crío, huérfano de padre. Aquello permitió a Licerán llevarlo a trabajar con él a Cuelgamuros y no le había dado motivos de queja. Tenía unas manos extraordinarias para trabajar la piedra y labraba en relieve como nadie, por lo que Licerán le tenía en alta estima. Era un hombre noble que no hablaba apenas y trabajaba mucho. Los obreros como Licerán y Berruezo escaseaban tras la guerra y se necesitaba como nunca mano de obra cualificada así que, trabajando bien y sin meterse en líos, podían salir adelante. Era duro y muy triste bajar la cabeza, humillar la cerviz y olvidar aquel sueño que había sido la República, pero en aquellos días se luchaba tan sólo por sobrevivir. A eso se había llegado. Curiosamente, cuando Berruezo supo que Licerán y Banús iban a Ocaña a por mano de obra reclusa, se acercó con disimulo al capataz y le hizo una petición: allí penaba un conocido suyo, un tal Juan Antonio Tornell que había llegado a teniente en el Ejército de la República y que era hombre cabal. Le pidió que intentara llevarlo a Cuelgamuros diciéndole que no se arrepentiría. Licerán, sin dar lugar a que siguiera rogando, le contestó sin más: «Descuida, está hecho».

Cuando Banús y su capataz llegaron al patio de la prisión, acompañados por un oficial del ejército y un guardián,

hicieron formar a los presos. De inmediato se pidió que aquellos que quisieran ir a trabajar a la sierra de Madrid dieran un paso al frente. Fueron bastantes los que se ofrecieron. Licerán preguntó de inmediato por su recomendado y el guardián le señaló con la cabeza a un hombre alto como un mástil y flaco como un perro. Allí todos evidenciaban la falta de alimento pero este destacaba por su aspecto macilento y su mirada perdida. Licerán se acercó a su jefe y le preguntó si aquel tipo podía incorporarse a las obras. Tras un momento de silencio, Banús se acercó al penado y le miró los dientes a la vez que le tanteaba los músculos. A Juan Licerán, un hombre honrado, le pareció humillante. Aquellos hombres merecían más respeto, no estaban en una feria de ganado. ¿O sí? No quiso pensarlo. Entonces, Banús se giró con mala cara haciendo evidente que aquel tipo no le convenía. Allí había presos más fuertes y menos desnutridos que le interesaban más. Afortunadamente, en aquel momento apareció un empleado de la oficina que reclamaba a Banús porque tenía una llamada. Aprovechando la pausa, Licerán pensó que había ganado algo de tiempo y se acercó a su hombre.

—¿Cómo lo ve? —dijo el preso entre susurros.

Le faltaba el resuello pues su estado era penoso.

—Mal, hombre, mal. Estás en los huesos.

—Si no salgo me muero. Llevo seis años de prisión en prisión, de campo en campo, desde antes de acabar la guerra. Pasé una pulmonía y una disentería. Las dos veces llegaron a darme por muerto. Aquí estamos hacinados, se han declarado dos casos de tifus exantemático y hay piojos por todas partes. Es cuestión de días que me contagie. Esta vez estoy tan débil que sé que no sobreviviré.

Al pobre Licerán se le hizo un nudo en la garganta. Al fondo, Banús volvía acompañado por el oficial y el guardián, que le hacían la pelota descaradamente por si caía una propi-

na. Era evidente que el empresario era hombre espléndido y sabía «engrasar la maquinaria», como él mismo solía decir a menudo. El capataz supo que tendría que emplearse a fondo o el preso se quedaría en aquel lugar. Se lo debía a Berruezo y tenía plena confianza en él. Si recomendaba a su amigo a buen seguro que sería un tipo de fiar. Volvió a la carga.

—Don Juan —mintió Licerán cuando su jefe se puso a su altura—, este hombre es de ley. Necesitamos gente de confianza. Quizá no esté en buen estado pero es un cantero de primera, un gran trabajador con mucha experiencia.

Banús se paró sin volverse. Fue entonces cuando el desconocido, con una voz fuerte y grave, sorprendente en un fulano que se halla a un paso de la muerte, espetó:

—No se arrepentirá, señor. Trabajaré como cinco hombres. Lo juro.

Banús miró sonriendo a su encargado y continuando su camino, dijo:

—Tú eres el capataz y tú decides. Ya sabrás lo que haces...

—Yo lo fío —aseguró Licerán sabiendo que no había logrado engañar a su jefe.

Se hizo un silencio.

—Este preso... —dijo Banús dirigiéndose al capitán que parecía al mando de aquello— ¿puede salir a redimir su pena?

—Tenía pena de muerte pero se le conmutó por perpetua. Como a tantos otros. Está dentro de lo permitido, sí —contestó el oficial, un tipo regordete y con voz de pito.

—Sea —dijo Banús dando por cerrado el asunto con cierta indolencia.

Entonces, Licerán y aquel despojo humano en que se había convertido el preso, se miraron y suspiraron de alivio.